



DEBATES ACTUALES SOBRE EL ORDEN LIBERAL INTERNACIONAL

Current Debates Around the International Liberal Order

Matias Ilivitzky

Universidad del CEMA
E-mail: milivi@ucema.edu.ar



Autor

Luego del fin de la Guerra Fría numerosas teorías trataron de explicar los cambios que el mundo estaba experimentando. Una de las más fructíferas fue la presentada por G. John Ikenberry, la cual estipulaba la victoria de un orden liberal internacional. El autor estimaba en ese entonces que el orden estaba en expansión y que tendría un futuro promisorio. Sin embargo, diferentes perspectivas y hechos emergieron con el paso del tiempo, justificando una revisión de los postulados principales de este orden, así como de la manera en la que puede evolucionar a la luz de las experiencias y visiones del presente.



Resumen

After the fall of the Cold War, many theories tried to explain the changes that the world was experiencing. One of the most fruitful was the one posed by G. John Ikenberry, stipulating the victory of an international liberal order. The author deemed back then, that the order was greatly expanding and would have a promissory future. However, different perspectives and facts have emerged over time, justifying a revision of the main tenets of the order as well as the way it could evolve in light of current experiences and visions.



Abstract

Orden liberal internacional; interdependencia compleja; globalización; política de las grandes potencias; rivalidad estratégica.



Key words

International liberal order; complex interdependence; globalization; great power politics; strategic rivalry.

Recibido: 28/02/2022. Aceptado: 30/05/2022



Fechas

“If you fight and win this war, we will build a better world on the other side”

WINSTON CHURCHILL y FRANKLIN DELANO ROOSEVELT (Ikenberry, 2020, p. 168)

1. Introducción

A lo largo del presente trabajo se busca desarrollar, en primer lugar, una exposición de las características principales del orden internacional liberal vigente, tal y como fuera propuesto por uno de sus principales defensores, John Ikenberry. Acto seguido se aborda como, a partir de la teoría de la interdependencia compleja, dicho ordenamiento puede ser visto como proclive a la erosión por el crecimiento constante de participantes de la esfera internacional en general, y sobre todo de lo que Nye ha dado en llamar el “tercer tablero” de amenazas y cuestiones transnacionales que son relevantes para la política global.

Estos procesos están a su vez en línea con la apreciación de Nye sobre la existencia de una difusión del poder actual existente, desde un centro o núcleo duro formado por Estados-nación clave en materia militar, económica, política, cultural y tecnológica, hacia una miríada de participantes colectivos o individuales, nacionales, transnacionales, subnacionales o no-nacionales, y en algunos casos elementos no humanos como el cambio climático o los virus, que también tienen activo involucramiento en este plano.

Finalmente se aborda de qué manera las perspectivas de Nye sobre la transición de poder entre una nación hegemónica actual como los Estados Unidos y un país que busca desafiar ese poderío, al menos en ciertas situaciones o escenarios particulares, como la República Popular de China, pueden desenvolverse de una manera pacífica y no necesariamente confrontativa, a fin de evitar recaer en ciertos determinismos simples sobre el ascenso o la caída de sendas naciones, así como en algunos análisis que ven a un conflicto (incluso bélico) entre ambas como decididamente inevitable.

En este sentido, uno de los objetivos de este trabajo es mostrar que una proposición teórica particular, tal como la del orden internacional liberal, puede a su vez recurrir al sustento de teorías más generales que, en un principio, no estarían en relación directa con la misma. Ese sería el caso, en base a los argumentos a presentar en el desarrollo de este texto, de la teoría de la interdependencia compleja, en primer lugar, y de las posturas que uno de los dos autores que presentan esta última, el profesor de Harvard Joseph Nye Jr., propondrá en forma individual en el resto del transcurso de su carrera profesional.

A nivel metodológico, se realizará un relevamiento inicial del estado de la cuestión vigente, para luego concentrarse en definiciones y diagnósticos propios de Ikenberry que permitan adscribir una serie de características particulares a su noción de “orden internacional liberal”. Por último, se hace una interpretación de los textos seleccionados sobre este concepto y se los contrasta a nivel diacrónico con algunas apreciaciones más recientes del autor sobre el tema, con el fin de mostrar su evolución y sus cambios con el correr del tiempo.

2. Definiciones y diagnósticos iniciales

En la actualidad existe una gran diversidad de puntos de vista sobre el estado del denominado “orden liberal internacional”. Este concepto, impulsado por el internacionalista estadounidense John Ikenberry en la década de los 90 del siglo pasado (Deudney y Ikenberry, 1999) sintetiza

En la actualidad existe una gran diversidad de puntos de vista sobre el estado del denominado “orden liberal internacional”

una serie de elementos que cristalizaron en un macrorégimen global (Keohane y Nye, 1988) que regula elementos tan amplios como el comercio internacional, mecanismos de resolución de disputas y controversias sobre temas de paz y seguridad tanto al interior como entre diversos Estados nacionales, la realización de procesos judiciales contra individuos acusados de crímenes contra la humanidad y genocidio, o las negociaciones existentes para contrarrestar los efectos adversos del calentamiento global y el cambio climático.

En el mencionado decenio, el nivel de optimismo de los teóricos estadounidenses y occidentales en general era elevado. Como lo enuncia Manuel Muñiz:

El orden mundial liberal que emergió en 1991 era, por lo tanto, claro y sencillo; un mundo que pronto se compondría de forma exclusiva de países democráticos y sobre los cuales descansaría una arquitectura internacional abierta, favorable al comercio, y volcada en la defensa de la ley internacional, los derechos humanos y la libertad individual. (Muñiz, 2019, p. 72)

Como ejemplo más eminente de este optimismo se encuentra el trabajo del politólogo Francis Fukuyama (1989), quien en un artículo de 1989 titulado "¿El fin de la historia?" se permitía elucubrar sobre una era en la cual, con el fin de los enfrentamientos entre las dos superpotencias en ese momento existentes, los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la primera nación iniciaría una era de prosperidad y liderazgo indefinidamente indiscutidos. Esto fue también ratificado por otro de sus colegas, Charles Krauthammer (1990), quien denominó al período que comenzaba como el "momento unipolar".

Más allá de este optimismo inicial de esta nueva era en el diseño estructural del sistema internacional, que pasó de una bipolaridad al dominio del orbe por parte de la única superpotencia hegemónica superviviente de la diáda, en la actualidad, a más de treinta años de la disolución de la URSS, el escenario distaría de estar completamente alineado con una unipolaridad absolutamente consumada.

En esta línea de análisis se presentarán dos aristas para entender lo que algunos comentaristas señalan como el declive del orden internacional liberal. Por una parte se darán los argumentos que dan cuenta de una salida del "momento unipolar", asimilando automáticamente el mismo a un declive del orden, lo cual no es necesariamente de rigor, tal como lo analizara Joseph Nye (2017) al explorar la facilidad con la que la "trampa de Tucídides" (ver a un competidor ascendente como más fuerte y amenazante de lo que en realidad es) y la "trampa de Kindleberger" (que un rival en ascenso no desee comprometerse con la continuación del sistema internacional existente, es decir que no asuma los deberes asociados implícita o explícitamente con la cuota de poder que detenta) son aplicadas a la actual rivalidad hegemónica sino-estadounidense.

Por otra parte, se indagará a continuación cómo, a partir de los aportes del paradigma de la interdependencia compleja o la transnacionalidad, presentado por Robert Keohane y Joseph Nye a fines de la década del setenta del siglo pasado, la presuposición de un orden monolítico firmemente sustentado en los Estados que lo respaldan es errónea. En la realidad, al existir una gran variedad de actores globales participando en el sistema actual, el orden tiene más aspectos que los que se podrían predecir desde un enfoque realista o liberal tradicional, lo cual lo hace más poroso a los defectos y a las críticas, pero a la vez también más difícil de ser controlado por pocos actores estatales con poderío regional o mundial. Si a eso se le suma el factor que al interior de cada Estado también hay gran cantidad de instituciones y personalidades que tie-

En esta línea de análisis se presentarán dos aristas para entender lo que algunos comentaristas señalan como el declive del orden internacional liberal

nen influencia transnacional (Putnam, 1988), el panorama es aún más difícil de precisar y de coordinar en su conjunto.

3. Comenzando a describir el orden

John Ikenberry es quien postula más firmemente la existencia de un orden internacional liberal, establecido y propugnado principalmente por los Estados Unidos de América luego de la Segunda Guerra Mundial. Es positivo entonces repasar algunos de los elementos más notorios de este ordenamiento a fin de poder comprender más acabadamente cuáles críticas pueden hacerse al mismo. Para ello nos basaremos en un artículo del autor titulado "La gran estrategia liberal y la persistencia del orden hegemónico de Estados Unidos durante la posguerra", que publica inicialmente en inglés en el año 2001, en el contexto de un ciclo de conferencias sobre "El futuro de la gran estrategia liberal" (Ikenberry, 2002).

Ikenberry comienza sus apreciaciones con un análisis que adopta muchos elementos que son también explorados por Joseph Nye al desarrollar la noción de *soft power*. Así, al evaluar la trayectoria de los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX, concluye que "sus capacidades relativas de poder material han disminuido, pero su inmenso paquete de instituciones políticas, activos económicos y relaciones remotas lo convierte en una potencia mundial fuerte y singular" (Ikenberry, 2002, p. 13).

Esta fortaleza combinada de poder militar, político, económico y diplomático, coadyuvada con su atractivo cultural y social para el resto del mundo, es lo que Nye denomina "poder inteligente" o *smart power* (Nye, 2011, p. 207). Esa sumatoria de elementos respeta los tres tableros de ajedrez en los cuales Nye entiende que pueden conceptualizarse las interacciones transnacionales, intergubernamentales y multilaterales contemporáneas.

El primer tablero responde al plano militar o de puro *hard power*. En el mismo los Estados Unidos siguen teniendo un poderío absoluto con respecto a los otros actores, poseyendo en consecuencia un dominio unilateral en la materia. En el tablero intermedio se hallan cuestiones económicas, comerciales y financieras. Allí varios Estados además de los Estados Unidos son clave, como por ejemplo China, la Unión Europea y Japón, lo que hace que este escenario sea multipolar. Por último, el tercer tablero refleja las relaciones transnacionales que exceden el control estatal, incluyendo actores no gubernamentales como organizaciones terroristas o amenazas comunes para toda la humanidad como las pandemias o la crisis climática. En este tercer tablero el poder se halla completamente difuso a lo largo del mismo, por lo que no es posible dotarlo de estructura alguna (Nye, 2011, p. xv).

De esta manera para Ikenberry, si bien Estados Unidos pierde comparativamente el predominio que tenía a nivel de participación en el Producto Bruto Global hacia 1945, aún cuenta con una hegemonía indiscutida en varios frentes, incluyendo todavía el militar en tanto única superpotencia, y en lo económico como potencia que actúa a veces de acuerdo y a veces rivalizando con otros competidores o aliados. Como hecho más notorio y destacable, se puede mencionar que ese dominio no fue disputado por los rivales sistémicos que (re)emergieron luego de la Segunda Guerra Mundial:

Incluso sin la amenaza soviética ni la bipolaridad de la Guerra Fría, Estados Unidos junto con Japón y Europa Occidental han reafirmado su alianza, han contenido los conflictos políticos, han ampliado el comercio e invertido entre ellos y han evitado

John Ikenberry es quien postula más firmemente la existencia de un orden internacional liberal, establecido y propugnado principalmente por los Estados Unidos de América luego de la Segunda Guerra Mundial

regresar a una rivalidad estratégica y a un balance entre las grandes potencias. (Ikenberry, 2002, p. 14)

Si bien durante la década del 80 existían recelos hacia el modelo germano y, sobre todo, hacia lo que hasta ese decenio parecía el ascenso irrefrenable del poder japonés, los Estados Unidos lograron integrar a los otrora enemigos dentro de un orden global caracterizado por las interacciones pacíficas del comercio, la diplomacia, y los intercambios culturales.

Esta naturaleza durable y pacífica del orden le permite a Ikenberry criticar directamente a la escuela predominante de la teoría de las relaciones internacionales: “la durabilidad de la hegemonía estadounidense y del orden occidental es un misterio principalmente porque los estudiosos de las relaciones internacionales han tendido a depender de las teorías realistas del balance y la hegemonía para explicarla” (Ikenberry, 2002, p. 15).

En efecto, al estar el realismo (tanto clásico como estructural y sus variantes subsecuentes) concentrado preeminentemente en detectar capacidades de poder duro o *hard power*, y en producir potenciales hipótesis de conflicto entre los principales actores del sistema global, es decir los Estados nacionales, su enfoque no le permite incorporar hechos históricos que desmientan al menos parte de los postulados de la teoría, como por ejemplo las sólidas alianzas que los Estados Unidos construyen con sus antiguos enemigos, Alemania y Japón. Como lo sostiene el autor:

Las teorías realistas de la hegemonía afirman que el orden es el resultado de la concentración de capacidades del poder material en un solo Estado, el cual usa su posición dominante para crear y mantener el orden, y con la caída del poder hegemónico, también se vendría abajo el orden. (Ikenberry, 2002, p. 15)

Para Ikenberry la supervivencia del régimen aun con una potencia económica y comercial estadounidense en declive es elocuente por sí misma. El orden, si bien fue creado por el autodenominado “líder del mundo libre”, continuaría funcionando incluso con la disminución del poderío de su principal creador. Entre las razones de mayor peso para sustentar la independencia del orden respecto a los Estados Unidos, Ikenberry repara en que aquél fue creado previamente a la Guerra Fría, tuvo desde el principio rasgos marcadamente liberales y fue incrementando su autonomía y capacidades progresivamente.

En términos cronológicos para el autor el orden se consolida luego de la Primera Guerra Mundial y de la crisis del 30, a fin de promover la apertura económica y los intercambios y arreglos pacíficos de las controversias (Ikenberry, 2002, p. 15). Aún más, Ikenberry (2002, p. 21) nota que debido al aislacionismo que caracteriza ciertas facetas de su política exterior, los Estados Unidos fueron renuentes a sumarse a dicho ordenamiento hasta que la Segunda Guerra Mundial le demostró que el mismo era necesario. A partir de ese momento, la naturaleza liberal y abierta del régimen político estadounidense le fue también otorgada al orden internacional (Ikenberry, 2002, p. 16). Las instituciones multilaterales se caracterizan por una creciente difusión de sus actividades, a través de medios tradicionales de comunicación masiva y de las redes sociales. Paralelamente, las empresas y organizaciones no gubernamentales transnacionales también ponen en práctica políticas asociadas a la transparencia y la apertura, abriendo al público registros anteriormente mantenidos en privado, como donaciones, volúmenes de operaciones, y campañas de responsabilidad social y de relación con la comunidad.

Adicionalmente para el autor el propio orden internacional va cobrando fortaleza y margen de maniobra a medida que pasa el tiempo (Ikenberry, 2002, p. 16). Esto podría denominarse

El orden, si bien fue creado por el autodenominado “líder del mundo libre”, continuaría funcionando incluso con la disminución del poderío de su principal creador

como una teoría sobre los rendimientos crecientes de las instituciones multilaterales y de los regímenes globales vigentes, los cuales cobran más relevancia y a su vez promueven que otros elementos del orden internacional tengan mayor vigor y notoriedad, allende a las presiones de los Estados miembro, conforme a un efecto derrame o *spillover*.

Además del efecto anteriormente mencionado, existe otro en paralelo que obra en contra de reemplazar las estructuras existentes, aun cuando las mismas no sean las más adecuadas para lidiar con las problemáticas de turno. Esta situación de *path dependence*, de la imposibilidad de cambiar el camino ya previamente elegido, genera en consecuencia limitantes de relevancia a la hora de entender la frustración de ciertos actores hacia las instituciones, reglas y procedimientos regulatorios vigentes del orden internacional liberal. Tal como lo sostiene Ikenberry (2002, p. 16): “Esto da por resultado que cada vez sea más difícil que surjan ‘instituciones alternativas’ o ‘liderazgos alternativos’ serios”.

En suma, si bien existen cuantiosas ventajas en tener un conjunto de organizaciones multilaterales que presenten un funcionamiento efectivo al momento de lidiar con diversas amenazas y cuestiones de relevancia para el conjunto del orbe, *contrario sensu* también se hallan temas y problemáticas que no pueden ingresar al sistema, o que se pierden de vista dentro de la diversa y no siempre bien relacionada burocracia del mismo, debido a que no está preparado para procesarlas. En la siguiente parte del trabajo se procederá a explorar de qué forma este tipo de postulados se pueden también apreciar desde la perspectiva de los *inputs* y los *outputs* en los sistemas y procesos políticos detallada por el politólogo estadounidense David Easton (1992).

4. Incentivos para constituir y unirse al orden global

Retomando así lo elaborado sobre la *path dependence*, Ikenberry continúa precisando los contornos por los cuales los Estados-nación de la actualidad deciden relegar al menos parte de su soberanía, delegando algunos de sus atributos a los regímenes y organizaciones multilaterales existentes que consideren de provecho para sus propias agendas y programas de política pública y externa:

Alcanzar un orden legítimo significa que los Estados relevantes se pongan de acuerdo acerca de las reglas básicas y los principios del orden político. Un orden político legítimo es aquel en el que sus miembros participan de buen gusto y reconocen la orientación general del sistema. Acatan sus reglas y principios, porque los consideran deseables, porque los aceptan como propios. (Ikenberry, 2002, p. 25)

En consecuencia, los países le otorgan legitimidad al sistema internacional de una manera similar a la que reciben por parte de sus ciudadanos. En este momento es útil recordar la definición que el científico social alemán Max Weber elaborase al respecto:

Por *Estado* debe entenderse un *instituto político* de actividad continuada, cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión al *monopolio legítimo* de la coacción física para el mantenimiento del orden vigente¹. (Weber, 2008, pp. 43-44)

*En consecuencia,
los países le
otorgan legitimidad
al sistema
internacional de
una manera similar
a la que reciben
por parte de sus
ciudadanos*

¹ Cursivas en el original.

Parafraseando entonces a la definición weberiana, el orden internacional liberal obtendría su *raison d'être* a partir de la aprobación, tácita o explícita, regular o irregular, de los Estados miembro de las organizaciones multilaterales, así como de la miríada de instituciones e individuos que realizan actividades transnacionales y que tienen interés en la continuación del correcto funcionamiento de todo el sistema en su conjunto.

La “analogía doméstica” (Suganami, 1989) permite fundar las bases no solo institucionales, sino también el consenso silencioso o “no dicho” en torno al cual se asienta la preferencia por inicialmente crear y luego desarrollar el ordenamiento global vigente. Ikenberry recae entonces, más bien implícita antes que enfáticamente, en la observación tanto sobre los “costos de salida” del sistema, una vez que el mismo lleve varias décadas en funcionamiento, así como del aval constante que en mayor o menor grado todos los integrantes y quienes hagan usufructo del ordenamiento internacional deben emitir para que el mismo continúe funcionando de manera aceptable a lo largo del tiempo.

Se supone que las instituciones son difíciles, incluso que pueden adoptar una vida y una lógica propias, moldeando y restringiendo incluso a los Estados que las crean. Cuando los Estados usan la vinculación institucional como estrategia, en esencia están accediendo a restringirse mutuamente. En efecto, las instituciones especifican lo que se espera que hagan los Estados, y a su vez hacen difícil y costoso que los Estados hagan algo diferente. (Ikenberry, 2002, p. 31)

Y si bien es posible distinguir un matiz entre aquellos actores que demuestran un gran compromiso con el sistema internacional frente a aquellos que, ubicados en el extremo opuesto del espectro, tratan de obtener todo tipo posible de beneficio sin actuar como defensor del conjunto sino antes bien como *free rider* o incluso como *spoiler* del mismo, es decir como sujetos desinteresados en contribuir al bienestar del ordenamiento global, estando solo orientados a sacar provecho del mismo, o incluso demostrando actitudes que lo boicotean o que buscan cercenar una parte (mayor o menor) de su alcance y eficiencia, en promedio existe a lo largo del tiempo, desde la consolidación del sistema actual, una mayoría que garantiza un funcionamiento mínimo y que incluso, en ocasiones, logra también *outputs* o productos de gran envergadura e impacto positivo para toda la humanidad, incluyendo a los *free riders* y *spoilers* del momento.

Ikenberry delinea cómo es cada vez más difícil que incluso los *challengers* del sistema vigente creen uno completamente alternativo del siguiente modo:

La creación de instituciones nuevas tiene grandes costos de arranque. Incluso cuando las instituciones alternativas podrían ser más eficientes y coincidir más con los intereses de Estados poderosos, las ganancias de las instituciones nuevas deben ser abrumadoramente mayores antes de que superen los costos hundidos de las instituciones existentes. (Ikenberry, 2002, p. 35)

La *path dependence* aparece allí claramente definida. Los intentos por configurar realidades internacionales diversas que puedan perdurar a lo largo del tiempo deben sostenerse por varias décadas para que puedan generar la tracción necesaria para atraer seguidores en el momento fundacional, y para que cobren la autonomía y confianza necesarias para operar rutinariamente de manera progresivamente eficiente y funcional en un plano posterior.

Y aun logrando el éxito en esa ambición, si se enfrentan a otro modelo que dé beneficios, incluso haciéndolo de manera subóptima, sus esfuerzos probablemente sean en vano: “Cuando las

La “analogía doméstica” (Suganami, 1989) permite fundar las bases no solo institucionales, sino también el consenso silencioso o “no dicho” en torno al cual se asienta la preferencia por inicialmente crear y luego desarrollar el ordenamiento global vigente

instituciones manifiestan rendimientos crecientes, se vuelve muy difícil que las instituciones de reemplazo potenciales compitan y surtan efecto” (Ikenberry, 2002, p. 35).

Volviendo al lado original del sistema, ¿cuáles pueden ser los incentivos para que los elementos más importantes del mismo, no los *outsiders* y extremistas, decidan crearlo? Para esta cuestión Ikenberry también tiene una respuesta:

La creación de instituciones básicas de orden es una forma de inversión hegemónica en el futuro. El Estado hegemónico cede parte de su libertad para usar su poder a cambio de un orden duradero y predecible que garantice sus intereses en el futuro. El motivo de esta inversión se basa en varias suposiciones. El Estado hegemónico debe estar convencido de que su posición de poder disminuirá a la larga. (Ikenberry, 2002, p. 26)

Los beneficios de la creación del sistema se distribuyen por consiguiente hacia todas las latitudes posibles. Los Estados hegemónicos que lo creen y lo doten de una configuración que determine su funcionamiento posterior saben que al hacer una inversión inicial en el mismo lograrán preservar sus valores y designios en instituciones y en reglas que perdurarán incluso cuando ya se halle en declive su poderío.

El autor hace explícito en estas líneas los fundamentos por los cuales las naciones más poderosas también tienen interés genuino en ceder parte de su poder y sus facultades: “El Estado hegemónico debe estar convencido de que las instituciones que crea persistirán más allá de sus propias capacidades: es decir, debe calcular que esas instituciones tienen cierta capacidad de orden independiente” (Ikenberry, 2002, pp. 26-27).

5. La democracia interna y su relación con las instituciones y organismos internacionales

Adicionalmente a esta motivación para dotar de una impronta general al sistema que persista más allá de su hegemonía circunstancial, los líderes del sistema tienen otro aliciente para crearlo, consistente en reducir costos de mantenimiento del orden para el conjunto de los participantes:

La segunda razón por la cual un Estado hegemónico podría querer llegar a un acuerdo sobre las instituciones básicas, incluso si esto implica ceder cierta autonomía y ventaja de corto plazo, es que puede reducir los “costos de aplicación” para mantener el orden. El uso constante de sus capacidades de poder para castigar y recompensar a los estados secundarios y resolver conflictos es muy costoso. Es mucho más efectivo en el largo plazo moldear los intereses y las orientaciones de otros estados que moldear directamente sus acciones mediante la coerción y los alicientes. (Ikenberry, 2002, p. 27)

En consecuencia, las potencias mundiales tienen también interés en generar un orden internacional para poder distribuir tareas, eludiendo ciertas responsabilidades que les competirían de no existir regímenes o instituciones internacionales que pudieran regular al conjunto sin depender manifiestamente de ellas. Toda esta serie de medidas adoptadas por los Estados predominantes hace que estos a su vez necesiten garantías de su seguridad, aun cuando se hallen en la posición máxima del sistema.

Esto lleva a que se establezca una suerte de salida del “estado de naturaleza” global, siguiendo la “analogía doméstica” previamente presentada, por medio de la cual los países intervinientes

Toda esta serie de medidas adoptadas por los Estados predominantes hace que estos a su vez necesiten garantías de su seguridad, aun cuando se hallen en la posición máxima del sistema

concuerdan, más allá de su poderío específico, en respetar ciertos acuerdos básicos para poder mantener su independencia y autonomía a lo largo del tiempo:

El Estado líder, al limitar el uso de su poder, debe estar seguro de que no será explotado por los Estados secundarios, y los Estados secundarios deben estar seguros de que no se están exponiendo a la dominación o al abandono por parte del Estado líder. En efecto, cada Estado acuerda renunciar a una gama de acciones que sería prudente ejercer en ausencia de garantías de que el otro Estado también acatará los límites. (Ikenberry, 2002, p. 27)

Es esta equidad frente a la potencial arbitrariedad y agresión ajena, esta uniformidad frente a la eventual violencia de las otras entidades la que presiona por igual a todos los países y los motiva a realizar acuerdos para refrenar, al menos en parte, la belicosidad permanente en la que se hallan con anterioridad al establecimiento de los mismos, cual “estado de naturaleza” universal.

Uno de los aspectos originarios de la configuración del orden internacional, su naturaleza abierta, democrática y descentralizada, es el que plantea potenciales perspectivas problemáticas, por paradójico que pueda parecer, al incorporarse la mirada de actores globales que protagonizan las relaciones internacionales en el día de hoy, algo que es identificado por Keohane y Nye. Ikenberry entiende que:

El carácter abierto y descentralizado del sistema político estadounidense proporcionó oportunidades para que otros Estados expresaran su “voz” en la conducción del orden hegemónico estadounidense, asegurándoles así a esos Estados que sus intereses podrían promoverse activamente y que existirían procesos de resolución de conflictos. (Ikenberry, 2002, p. 30)

La parte final de la sentencia transcrita alude al proceso pacífico de resolución de controversias globales que se venía detallando previamente. Lo anterior, la índole plural y no verticalmente centralizada del orden internacional liberal, abre las puertas a su opuesto no deseado: una porosidad que, al incorporar múltiples y exponencialmente crecientes nodos de interacción y contacto a lo largo de toda la red, deviene caótica e inmanejable.

Ikenberry (2002, p. 30) apunta a que en sus orígenes esta fusión de tareas nacionales e internacionales, así como el hacerlo de manera transparente y no centralizada, “creaba un elaborado sistema político transnacional y transgubernamental con Estados Unidos en el centro”. El mérito de idear un ordenamiento con ese tipo de descripción y lineamiento estribaba en la disminución de los costos de administración para la superpotencia que lo originase, lo cual conllevó a dotar a aquél de los procesos democráticos propios de este: “la elaboración de las políticas en una democracia grande y descentralizada involucra a muchos jugadores y a un proceso político amplio y relativamente visible” (Ikenberry, 2002, p. 30).

La no-opacidad de la política internacional también era otro elemento para darle garantías a los países no poderosos que sus derechos e intereses se verían atendidos y respetados en el nuevo sistema, invitándolos así a sumarse al mismo: “la transparencia del proceso permite que otros Estados hagan cálculos más precisos acerca de la probable dirección de la política exterior estadounidense, lo cual disminuye los niveles de incertidumbre y proporciona ciertas garantías” (Ikenberry, 2002, p. 31).

Pero transcurridos más de tres cuartos de siglo desde 1945, el sistema se ha transformado en gran medida, haciéndose más poli- y amorfo, dejando de ser fácilmente organizable por sus

Ikenberry (2002, p. 30) apunta a que en sus orígenes esta fusión de tareas nacionales e internacionales, así como el hacerlo de manera transparente y no centralizada, “creaba un elaborado sistema político transnacional y transgubernamental con Estados Unidos en el centro”

actores centrales, y viéndose sometido eventualmente a una tendencia creciente de presiones centrífugas que amenazan con desestabilizarlo.

Algunos ejemplos de lo antedicho pueden ser entre otros: los actos de terrorismo, la crisis climática, la pandemia de la COVID-19, además de los habituales actos contrarios a las normas del sistema llevados a cabo tanto por *spoilers* y *free riders* como también por los poderes hegemónicos de turno que en ciertas oportunidades adoptan actitudes que reflejan a los dos primeros.

Inicialmente, en los comienzos del presente siglo, Ikenberry era ajeno a estos y otros desafíos. Si bien los Estados Unidos, en tanto fundadores del sistema global, tenían menos peso geopolítico que apenas finalizada la Segunda Guerra Mundial, continuaban en el ápice de las relaciones transnacionales, orquestando gran parte del flujo de las mismas sin verse eclipsado por ningún tipo de *challenger*: “Estados Unidos sigue siendo el centro del sistema, pero otros Estados están sumamente integrados a él, y su legitimidad disminuye la necesidad de que Estados Unidos ejerza su poder de coerción o que compense las respuestas de Estados secundarios” (Ikenberry, 2002, p. 34).

La conclusión de Ikenberry, apenas comenzado el siglo XXI, era completamente optimista tanto en lo tocante al sistema internacional en general como al país que lo impulsase en sus comienzos:

A falta de una guerra importante o de un colapso económico global, es muy difícil imaginarse el tipo de punto de ruptura histórico necesario para reemplazar el orden existente. Esto se aplica incluso si un nuevo Estado hegemónico potencial o coalición de Estados tuviera interés y una agenda para un conjunto alternativo de instituciones globales, lo cual no sucede. (Ikenberry, 2002, p. 37)

Como se verá en las conclusiones, los acontecimientos de las primeras dos décadas del nuevo milenio llevaron a que incluso Ikenberry revisite sus presupuestos marcadamente positivos de otrora. Las vulnerabilidades del orden internacional liberal, presentes tanto en ciertos parámetros con los que fue creado como también puestas en relieve a partir del surgimiento de nuevos desafíos y problemas mundiales, posibilitan poner por lo menos en duda la visión idealista de su principal defensor y llevan a indagar sobre las posibles causas de ciertas falencias existentes, así como sobre aquellos remedios que, más bien parcial antes que totalmente, puedan subsanarlas.

Para parafrasear una conocida frase sobre la democracia pronunciada por el primer ministro británico Winston Churchill, podría decirse que el orden liberal internacional existente es el peor imaginable, con excepción de todos los demás. Como refiriera Ikenberry, es posible cambiarlo *in toto*, lo que no significa que sea deseable o aconsejable hacerlo. ¿Qué diagnósticos y paliativos entonces pueden proponerse para mejorarlo?

6. Difusión hacia actores no estatales y multiplicidad de actores internos. Conexión con la teoría de la interdependencia compleja

En el presente existen numerosos desafíos que hacen que la interdependencia compleja postulada inicialmente hacia fines de la década de los 70 por Robert Keohane y Joseph Nye (Keohane y Nye, 1988) vea elevados exponencialmente los niveles de complejidad originalmente descritos. Tanto los actores que participan de diversas interacciones como la agenda de temas a abordar entre todos los participantes existentes (Estados nacionales, empresas multinacionales,

Como refiriera Ikenberry, es posible cambiarlo in toto, lo que no significa que sea deseable o aconsejable hacerlo. ¿Qué diagnósticos y paliativos entonces pueden proponerse para mejorarlo?

ONG, individuos, organizaciones multilaterales, entre otros) se han incrementado de manera tal que es posible relativizar la originaria visión del realismo (tanto en su versión clásica formulada por Hans Morgenthau (1992) como en muchas de sus reediciones posteriores). La misma consideraba pura y exclusivamente al Estado nacional como el principal actor de las relaciones internacionales, y concebía al mismo como un espacio unívoco de decisión de cara al exterior, ignorando la existencia de divisiones internas entre los múltiples centros simultáneos de poder que existen en las esferas estatales usualmente, lo cual fue oportunamente también reparado por Keohane y Nye (1988, p. 40) en su obra fundacional, en la cual precisaban que a quienes defendían al paradigma realista: “les es muy difícil interpretar con precisión la actual y multi-dimensional interdependencia económica, social y ecológica” (Keohane y Nye, 1988, p. 16).

También es oportuno en este momento reparar en su profundización de las múltiples facetas existentes al interior de cada Estado:

Existe menos seguridad de que el Estado se mantenga unido cuando negocie con gobiernos; tampoco es seguro que sus componentes interpreten del mismo modo la noción de interés nacional cuando negocien con extranjeros. El Estado debe probar su capacidad para ser multifacético y aun esquizofrénico. Los intereses nacionales habrán de ser definidos en forma diferente ante problemas diferentes, en ocasiones diferentes y por diferentes unidades gubernamentales. (Keohane y Nye, 1988, p. 53)

Esta multiplicidad de actores e intereses internos que dialoga con una idéntica multiplicidad de intereses y actores de otros Estados nacionales, así como con quienes no se identifican con un gobierno o país particular, o bien que lo hacen con un gran conjunto de los mismos, hace que las relaciones entre todos ellos sean profundamente intrincadas, variables y de difícil sistematización a lo largo del tiempo.

Existiría así una problemática inherente a la cada vez mayor inclusión que el orden internacional liberal promueve, y es la existencia de la sobrecarga de “inputs” a lidiar por los principales espacios de encuentro, deliberación y resolución de problemáticas comunes, lo que hace que sea dificultoso encontrar medidas colectivas satisfactorias para la totalidad o la mayoría de los intervinientes, y que dicho proceso sea llevado a cabo en un plazo por todos considerado como razonable. En esta línea de indagación, el propio sistema sería víctima de su éxito, su inclusión y apertura (rasgos propios del mismo ya que es fundamentalmente democrático), conduciéndolo a su subsecuente parálisis y a la ausencia de emisión de los “outputs” deseados (Easton, 1992).

Nye profundizará estas reflexiones en varias obras posteriores. En *The Future of Power*, comenta que existen dos grandes desplazamientos de poder teniendo lugar en el presente siglo. Por una parte hay una gran transición existente entre diversos Estados, mientras que por la otra hay una difusión del poder desde estos últimos hacia actores no estatales (Nye, 2011, p. xv).

Mientras que el primer proceso será analizado luego, el segundo es el que se amolda a lo comentado previamente. Para Nye, las principales amenazas al orden existente no estarán dadas por “una clásica transición de poder entre los grandes estados”, sino que provendrán de “bárbaros modernos y actores no estatales” (Nye, 2011, p. xii). Los grupos terroristas, los hackers y ciber-vándalos, e incluso la existencia de amenazas no humanas como las pandemias y la crisis ambiental, desgastan al orden internacional liberal desde múltiples frentes ya que este no puede generar un consenso durable sobre cómo controlar o paliar los problemas causados por los mismos. Los esfuerzos por combatir el cambio climático tienen mayor desarrollo, pero aun así los actuales niveles de emisión de gases de efecto invernadero están muy por encima de lo

En The Future of Power, comenta que existen dos grandes desplazamientos de poder teniendo lugar en el presente siglo

convenido en el Acuerdo de París de 2015, lo que llevó a que el Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, dijera que el informe elaborado en 2021 por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático fuese un "código rojo" para toda la humanidad (UN News, 2021).

Como se ha referido en la introducción de este trabajo, Nye da cuenta de tres tableros simultáneos en donde se desarrollan las relaciones inter- y transnacionales actuales. El tercero es el plano en el que propiamente no es posible hablar ni de "unipolaridad, multipolaridad, hegemonía, o cualquier otro tipo de clichés que los líderes políticos y los expertos utilizan en sus discursos" (Nye, 2011, p. xv).

Es esta falta de solidez o uniformidad en las relaciones internacionales contemporáneas, por lo menos fuera de frentes más establecidos o *mainstream* como lo militar o las negociaciones económicas y comerciales, la que hace que el orden internacional liberal no pueda mantenerse al día con todos los *inputs* que recibe en el tercer tablero.

Por ejemplo, realiza cumbres climáticas (la COP26 en Glasgow es una clara ilustración al respecto) y tiene agencias especializadas para prevenir o combatir las pandemias y riesgos a la salud pública global (la Organización Mundial de la Salud ha saltado al primer plano de la agenda internacional a partir de la dispersión mundial del virus SARS-CoV-2). Sin embargo, como dan cuenta algunos de los principales referentes de sendos tópicos, existen numerosas declaraciones y discursos proclives a paliar ambas problemáticas por parte de los líderes globales que, más allá de las buenas intenciones originales, distan mucho de ser puestos plenamente en práctica (BBC mundo, 2021; Hattenstone, 2021).

En este sentido el orden internacional liberal alcanzaría meramente a realizar "buenos oficios" diplomáticos, a organizar foros para el encuentro y la discusión sobre el diagnóstico de los problemas y sugerencias posibles para su eventual solución. Esto también sucede en los dos primeros tableros de ajedrez descritos por Nye. No obstante lo cual, es en los ámbitos de discusión del tercer tablero en donde la gran mayoría de los participantes transnacionales están excluidos, aun cuando son parte íntegra tanto de las causas de las cuestiones como de las vías para encontrar sus posibles remedios.

La imposibilidad fáctica de reunir (de manera presencial, virtual o híbrida) a todos los actores de peso de estos tópicos para encontrar alternativas de manera mancomunada refleja la gran dispersión y la ausencia de centro de la sociedad posmoderna en general (Bauman, 2003), lo que obviamente no deja de afectar a las relaciones internacionales en particular (Bremmer, 2013).

Los actores transnacionales escapan de la cooperación buscada por los foros globales bien por voluntad propia o bien por omisión de los organizadores de aquellos. La resultante de esta mayor complejidad en la red de participantes clave es la propensión al caos antes que al orden, a lo difuso y lo desconectado antes que lo orgánico y lo central. De allí que el orden internacional liberal pierda sucesivamente posibilidades de acción y articulación de sus integrantes a medida que estos continúan incrementándose.

Acto seguido, es propicio explorar el otro proceso por medio del cual el orden internacional liberal podría perder o estaría perdiendo (dependiendo de quién efectúe el diagnóstico) primacía: la transición hegemónica entre los Estados Unidos y un rival sistémico que busque cambiar las reglas de juego existentes.

Los actores transnacionales escapan de la cooperación buscada por los foros globales bien por voluntad propia o bien por omisión de los organizadores de aquellos

7. La transición de poder: ¿existe una verdadera amenaza al orden?

Este segundo proceso fue presentado en la introducción del presente trabajo a partir de las contribuciones de Joseph Nye (2017), quien generalmente tiende a proponer una perspectiva moderada y basada en hechos históricos fehacientes frente a algunas visiones más pesimistas (Haas, 2018; Kagan, 2018) sobre el declive relativo o absoluto de los Estados Unidos, bien en uno o en los tres tableros que a su parecer caracterizan el juego internacional contemporáneo.

Para Nye no es posible vislumbrar aun una alternativa al orden vigente actual, incluso bajo ciertas conductas disruptivas por parte de la República Popular de China, principal *challenger* del poderío estadounidense, tal como ignorar sentencias de la Corte Internacional de Justicia sobre su posicionamiento en el Mar de la China Meridional: “Hasta el momento, sin embargo, el comportamiento chino ha intentado no derribar el orden mundial liberal del cual se beneficia, pero sí aumentar su influencia al interior” (Nye, 2017).

Esto implica entonces, por una parte, considerar al *retador* más relevante del sistema no como uno que busca desplazarlo por completo, sino alterar, en la medida de sus posibilidades, las reglas actuales de participación en el mismo para que estén más en su favor, sobre todo en los escenarios que más le conciernen (por ejemplo, a nivel regional, buscando garantizar la preservación y eventual expansión de su área de influencia en el este y sudeste asiáticos, así como en Asia central).

Por otra parte, Nye (2011, p. xviii) es consciente de que los Estados Unidos no pueden pretender liderar el sistema por su cuenta, independientemente de los demás actores, como si solo estuviese actuando en el primer tablero de ajedrez: “incluso el país más poderoso no puede conseguir sus objetivos sin la ayuda de los otros”.

Su vaticinio es optimista en lo tocante al rol que su país jugará durante el presente siglo: “los Estados Unidos muy probablemente continuarán siendo el país más fuerte del siglo XXI, pero eso no implica dominación” (Nye, 2011, p. xviii). Este matiz apreciativo propuesto por el profesor de la universidad de Harvard es sin lugar a dudas el que permite compatibilizar la constatación del declive relativo de los Estados Unidos frente a otras naciones en el segundo tablero, y su vulnerabilidad frente a ciertas amenazas transnacionales (como las pandemias, el cibervandalismo, el terrorismo o la crisis climática) en el tercero.

Estas conclusiones sobre la transición de poder exhortan a hacer un análisis certero y basado en las actuales circunstancias en las relaciones internacionales, constatando varias transiciones progresivas de poder, antes que un declive abrupto del poder hegemónico actual y un ascenso irrefrenable del contrincante de turno. Y estas sentencias también invitan a los compatriotas del autor a hacer un balance de sus capacidades como nación, y de las estrategias con las que pueden contar para seguir manteniendo una posición de primacía en ciertos contextos:

Los estadounidenses deben dejar de hacer preguntas sobre quién es el número uno, así como desarrollar narrativas sobre el dominio, y comenzar a hacer preguntas sobre como las diferentes herramientas del poder pueden ser combinadas en estrategias inteligentes para ejercer el poder *con* en vez de simplemente *sobre* otras naciones². (Nye, 2011, p. xviii)

Su vaticinio es optimista en lo tocante al rol que su país jugará durante el presente siglo: “los Estados Unidos muy probablemente continuarán siendo el país más fuerte del siglo XXI, pero eso no implica dominación” (Nye, 2011, p. xviii)

2 Cursivas en el original

8. Conclusión

Para arribar a una conclusión general es nuevamente propicio citar a Nye, quien llama a aprender de las lecciones de la historia (tanto de la guerra del Peloponeso como de la Primera Guerra Mundial) para no incurrir en una confrontación entre China y Estados Unidos, la cual no es en absoluto ineludible. Ello conlleva, simplemente, buscar “evitar los errores de cálculos, las percepciones erróneas y las decisiones impulsivas que tanto abundan en la historia humana” (Nye, 2017).

Para los procesos y análisis previamente descritos, el orden internacional liberal revela algunas vulnerabilidades. En términos de la difusión del poder el surgimiento de nuevos problemas y cuestiones en la agenda global, así como de un número progresivamente creciente de participantes de peso en los debates y negociaciones existentes, hace que sea difícil mantener a todos aquellos involucrados en los últimos, orquestando soluciones mancomunadas que sean más eficientes que decisiones individuales tomadas por defecto o bien por recaer en conductas al estilo *free rider* (el neologismo *vaccinationalism* ilustra este último punto).

Y por su parte, en lo que respecta a la transición de poder, existen dudas sobre la capacidad o la voluntad del principal *challenger* existente para bien reformar el sistema existente o bien crear uno nuevo que busque desplazarlo por completo. La integración de la República Popular de China en algunas prácticas y en la dirección de ciertas instituciones del orden internacional liberal, así como la diversidad de pronósticos (desde los más optimistas hasta los decididamente catastróficos) sobre su futuro crecimiento económico y sobre la evolución de su peso geopolítico en todo el orbe, sumado a los matices que el propio Nye se encarga de dejar en claro sobre cuán relativo y discutible puede ser el declive estadounidense, al menos en lo tocante al siglo XXI, dejan un margen de duda sobre la posibilidad que el orden internacional liberal se vea reemplazado por un conflicto hegemónico entre las potencias del presente.

Habiendo transcurrido más de 20 años desde el fatídico 11 de septiembre de 2001 en el que se diera por tierra con el espíritu optimista y victorioso consagrado por Fukuyama a comienzos de la década previa, ¿cómo ha evolucionado el creador del concepto de “orden internacional liberal” a la luz de los acontecimientos más recientes?

En su libro *A World Safe for Democracy*, Ikenberry (2020) adopta un tono decididamente más cauto y más sombrío que en su texto de 2002. En el mismo pueden verse algunas posiciones que parecen incorporar los presupuestos y recaudos que pueden extraerse repasando algunos postulados de la teoría de la interdependencia compleja y de Joseph Nye Jr, abordados previamente.

El autor inicia su obra apuntando a la existencia de una crisis de confianza generalizada en el modelo liberal, un retroceso y una degradación institucional de sus principales defensores (los Estados Unidos y el Reino Unido), y un crecimiento de la audacia de los dos principales contendientes existentes, China y Rusia (Ikenberry, 2020, pp. 2-3).

El reto planteado por el ascenso de la República Popular de China es arduo, ya que este país es al mismo tiempo un participante y beneficiario directo del orden como así también su principal rival. En efecto, China está tanto adentro como afuera del mismo, integrada en la economía global como uno de sus principales participantes, pero desligada de sus perspectivas institucionales y normativas (Ikenberry, 2020, p. 273). Es este enfoque eminentemente selectivo, bautizado *pick and choose* por el autor (Ikenberry, 2020, p. 280), lo que le permite a Beijing

¿Cómo ha evolucionado el creador del concepto de “orden internacional liberal” a la luz de los acontecimientos más recientes?

proponer como contrapartida a todos los *stakeholders* del sistema la adopción del capitalismo contemporáneo sin las salvaguardas institucionales y ciudadanas que defiende el liberalismo democrático (Ikenberry, 2020, p. 3).

Frente a este desafío, el orden liberal internacional también ve incrementados los problemas de articulación intrínsecos a su funcionamiento, así como las asperezas que encuentra al intentar continuar brindando *outputs*, generando valor para sus participantes. Al igual que lo planteado por la teoría de la interdependencia compleja y por Nye, Ikenberry (2020, p. 211) suscribe a la postura que los integrantes del espacio liberal global son más cuantiosos y heterogéneos, lo que dificulta su coordinación interna y la definición de una actitud compartida de cara a los desafíos y amenazas externos. Esto ha creado una serie de crisis interrelacionadas del orden.

La primera consiste en una crisis de autoridad: existen nuevas ideologías, nuevos modelos de liderazgo y acción que disputan aquellos propuestos por Estados Unidos, formulados incluso por aliados y naciones que le son afines. A la vez, hay una crisis del sentido social del sistema, en el cual sus integrantes no logran llegar a un acuerdo sobre las prioridades y fines a perseguir (Ikenberry, 2020, pp. 257-258). Como se hubiera expuesto con anterioridad, Keohane y Nye planteaban que la agenda global de temas se había multiplicado y expandido de manera exponencial, y que la preocupación de la escuela realista de las relaciones internacionales por asuntos geopolíticos y de *Realpolitik* perdía de vista muchos otros asuntos de igual relevancia. De esta manera, puede verse aquí un nuevo punto de correspondencia entre las teorías y autores analizados en el presente trabajo.

A pesar de señalar esta serie de deficiencias, Ikenberry continúa defendiendo al sistema que hubiera comenzado a estudiar hace más de tres decenios. A su criterio, el internacionalismo liberal ha sido víctima de su propio éxito (Ikenberry, 2020, p. 6) y debe continuar repensando la manera en la que puede continuar expandiendo tanto los beneficios que genera como las naciones y destinatarios que favorece.

Entre las conclusiones más salientes que rescata el Ikenberry contemporáneo puede mencionarse, en primer lugar, que el orden internacional liberal tiene mayor fuerza centrípeta que centrífuga, y que Estados con perfil cada vez más heterogéneo desean sumarse al mismo, antes que abandonarlo. En segundo lugar, el sistema tiene una estructura jerárquica bien delineada en donde las funciones y roles a desempeñar están claros, lo que aumenta su eficiencia y dinámica operativa. Finalmente, el orden continúa dando beneficios, preeminentemente a nivel económico, pero también de seguridad, culturales, políticos y de otros tipos, a sus integrantes (Ikenberry, 2020, pp. 280-281). Este último factor es clave para mantener el atractivo del mismo tanto para con sus miembros existentes como potenciales.

En esta parte de su análisis, y al igual que en los últimos años del siglo XX, Ikenberry sigue permaneciendo igual de exultante. China no tiene una gran visión o proyecto alternativo al orden que ofrecerle al mundo (Ikenberry, 2020, p. 284), por lo que el foco de este intelectual continúa siendo el delinear los alcances, obstáculos, promesas y oportunidades con los que cuenta el orden internacional liberal.

Por último, si bien la teoría de la interdependencia compleja y luego Nye habían señalado las crecientes complicaciones inherentes a un orden global cada vez más abarcador y omnipresente, Ikenberry (2020, p. 282) replica que la expansión del mismo, aunque lo fragmente, posibilita que sus integrantes incurran en el *cherry-picking*, seleccionando aquellos aspectos que los favorecen e intentando ignorar otros que les parecen neutros o nocivos. Este comportamiento den-

A la vez, hay una crisis del sentido social del sistema, en el cual sus integrantes no logran llegar a un acuerdo sobre las prioridades y fines a perseguir (Ikenberry, 2020, pp. 257-258)

tro del liberalismo global es, para uno de sus principales adalides intelectuales, una de las caras positivas de la anarquía o la anomia parcial que puede detectarse en ciertas de sus secciones.

Desde una perspectiva no tan próxima a la del autor analizado, el balance resta menos nítido, y la evaluación de las falencias y los logros del sistema implica hacer una revisión más ajustada de su trayectoria pasada y presente. El propio Ikenberry (2020, p. 17) es consciente de la dificultad de hacer un análisis justo y acertado de este proceso, ya que apunta que el internacionalismo liberal nunca cristalizará por completo, sino que continuará mutando, adaptándose a los desafíos y demandas que emerjan.

En particular, es arduo concordar por completo con la celebración que Ikenberry efectúa del *cherry picking* existente al interior del orden. El no respeto a algunos de sus componentes termina por consolidar aquellos que son masiva o generalizadamente practicados, relegando los otros a la inoperancia o a tener un valor meramente testimonial. Además, es contradictorio que el profesor de Princeton intente ver algo positivo en esa actitud cuando es adoptada por los miembros no tan poderosos del orden, pero critique el *pick and choose* que realiza su rival más importante, la República Popular de China, entendiendo que este pueda tener efectos corrosivos irreversibles.

En definitiva, los desafíos al orden liberal internacional permanecen, mutan, e incluso se incrementan. Es impracticable y no aconsejable intentar hacer un pronóstico sobre las chances con las que cuenta para continuar funcionando y a la vez dando forma a las relaciones internacionales. Por ende, se necesita aguardar la evolución de los acontecimientos en las próximas décadas para ver si este sistema podrá seguir resistiendo las nuevas pruebas y luchas planetarias, tal como lo hizo durante los pasados decenios, o si por el contrario sus falencias existentes continuarán agrandándose hasta el punto de hacerlo completamente disfuncional.

Referencias

- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- BBC mundo. (2021). La catástrofe de la Covid pudo haberse evitado. *BBC news mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-57089349>
- Bremmer, I. (2013). *Every Nation for Itself: What Happens When No One Leads the World*. Portfolio.
- Deudney, D. y Ikenberry, J. (1999). The Nature and Sources of the Liberal International Order. *Review of International Studies*, 25(2), 179-196. <https://doi.org/10.1017/S0260210599001795>
- Easton, D. (1992). Categorías para el análisis sistemático de la política. En A. Battle i Rubio, *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 221-230). Ariel.
- Fukuyama, F. (1989). The End of History? En *The National Interest* (pp. 3-18). Center for the National Interest.
- Haas, R. (2018). *A World in Disarray. American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order*. Penguin Books.
- Hattenstone, S. (2021). The transformation of Greta Thunberg. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/environment/ng-interactive/2021/sep/25/greta-thunberg-i-really-see-the-value-of-friendship-apart-from-the-climate-almost-nothing-else-matters>

- Ikenberry, J. (2002). La gran estrategia liberal y la persistencia del orden hegemónico de Estados Unidos durante la posguerra. *Política y gobierno*, IX(1), 13-49.
- Ikenberry, J. (2020). *A World Safe for Democracy. Liberal Internationalism and the Crisis of Global Order*. Yale University Press. <https://doi.org/10.12987/9780300256093>
- Kagan, R. (2018). *The Jungle Grows Back: America and Our Imperiled World*. Vintage Books.
- Keohane, R. y Nye, J. S. (1988). *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*. Grupo Editor Latinoamericano.
- Krauthammer, C. (1990): The Unipolar Moment. *Foreign Affairs*, 70(1), 23-33. <https://doi.org/10.2307/20044692>
- Morgenthau, H. (1992). *Política entre las naciones*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Muñiz, M. (2019). La implosión del orden liberal. En Ministerio de defensa (ed.), *Gobernanza futura: hiperglobalización, mundo multipolar y Estados menguantes* (pp. 69-82). Instituto Español de Estudios Estratégicos. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6831583.pdf>
- Nye, J. S. (2011). *The Future of Power*. PublicAffairs.
- Nye, J. S. (2017). La trampa de Kindleberger. *Project Syndicate*. <https://www.project-syndicate.org/commentary/trump-china-kindleberger-trap-by-joseph-s--nye-2017-01/spanish>
- Putnam, R. D. (1988). Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games. *International Organization*, 42(3), 427-460. <https://doi.org/10.1017/S0020818300027697>
- Suganami, H. (1989). *The domestic analogy and world order proposals*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511598807>
- UN News. (2021). IPCC report: 'Code red' for human driven global heating, warns UN chief. <https://news.un.org/en/story/2021/08/1097362>
- Weber, M. (2008). *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica.